

MEDITACION ANTE EL PUEBLO CRUCIFICADO

Escribe: teólogo Jon Sóbrino



Cuaresma otra vez. Cuarenta días que nos propone la Iglesia para prepararnos a la pascua con oración, ayuno, buenas obras y conversión; para pensar con seriedad en la pasión de Cristo y en la gloria de su resurrección.

La Iglesia la propone anualmente, pero la cuaresma tiene, cada vez más, su dificultad. En lugares orientados hacia la abundancia y el consumismo tiene mucho de anacrónico. Y para todos —si se toma en serio la pasión y la resurrección— mucho de escandaloso. El mundo, el primer mundo sobre todo, apelará al realismo y propondrá que es mejor enterrar definitivamente el masoquismo por una parte y la ilusión utópica por otra. ¿Pensar en la pasión? Bastante sufrimiento hay en la vida, mejor será evitarlo en lo que se pueda y aguantarlo en lo que no se pueda evitar. ¿Pensar en la resurrección? Bien está fomentar moderadas esperanzas, pero pensar en resurrección es demasiado.

Y no es que nadie dude de la pasión ni desee tener una esperanza. Pero es que la cuaresma nos confronta brutalmente con lo primero y utópicamente con lo segundo. Con la cuaresma, la Iglesia declara ambas cosas como sumamente reales e importantes. Las simboliza en un momento denso. Y aunque el mundo actual ha sacralizado también el tiempo, no se atreve con un tiempo simbólico de pasión y de resurrección. Nuestro mundo ha proclamado el "día" de la madre, del padre, del trabajo, del partido, del país... Las Naciones Unidas han proclamado el "año" del niño, de la juventud, de los derechos humanos, de la paz... El tiempo se sacraliza, pues, para recordar realidades importantes, y en éstas está ya presente algo o mucho de pasión y de esperanza. Pero aislarlas explícitamente, mirarlas cara a cara, declararlas realidades fundamentales en el mundo de hoy, dejarlas que nos interroguen y cuestionen en su radicalidad y desnudez, todo eso parece demasiado. Habrá que convivir con ellas, pero no hay coraje para declararlas algo fundamental.

Lo importante no es, por supuesto, el símbolo de los cuarenta días. El símbolo vive de la realidad, y la mejor forma de vivir la cuaresma es atender al dolor de la humanidad en la vida real y alimentar su esperanza. Pero si el símbolo no está operante, si nada o poco dice, puede dudarse también de que la realidad de la pasión y la esperanza nos diga algo y actúe con fuerza sobre nosotros. Si la cuaresma no tiene ya capacidad simbólica, es que muy probablemente no hay una actitud decidida de afrontar el sufrimiento y la esperanza. Algo hay que nos retrae de ver el sufrimiento del mundo (muy probablemente, su carácter cuestionante, la pregunta por nuestra corresponsabilidad en él, por nuestra solidaridad o falta de solidaridad con él). Algo hay que nos retrae de mirar su esperanza (muy probablemente, el cuestionamiento a nuestra propia esperanza, si en verdad la tenemos o hemos abdicado de ella, el desenmascaramiento de dónde la hemos puesto, dónde hemos puesto

nuestro corazón y nuestro Dios). Quizás el que sea la Iglesia la que proponga la cuaresma es en algunos lugares una dificultad añadida comprensible. Pero el problema es más hondo. La cuaresma no es sólo un asunto eclesial, ni siquiera sólo un asunto cristiano; es un asunto humano. Y si no nos atrevemos a celebrarla, es que algo anda mal entre nosotros.

La cuaresma es una necesidad para nosotros por el mero hecho de ser seres humanos; sufrimiento y esperanza nos son inherentes. Pero nos vamos a centrar aquí en la cuaresma de los pueblos crucificados, mayoría en la humanidad, para quienes vivir es cruz y cuya esperanza es vivir. La cuaresma de estos pueblos iluminará la pascua de Cristo y, para los creyentes, ésta mostrará la hondura y radicalidad de la de los pueblos crucificados. Ellos están también en trance de pascua, de muerte y de resurrección. Más que con disquisiciones muy analíticas, vamos a presentar esta cuaresma de los pueblos crucificados en forma de meditación.

1. El dolor de un pueblo crucificado.

Allí estábamos cuando fuimos atacados. Teníamos a los soldados a 300 metros, y al decir 'nosotros' me refiero a una cantidad de casi 5.000 gentes. Atravesamos el río Sumpul. ¡Qué escena tan dolorosa! Todo el mundo se aventaba. Los niños corrían abajo, los ancianos tampoco resistieron, se ahogaban. Allí se ahogaron niños, ancianos, mujeres, todos en la pasada del Río" (Palabras de Toñita, campesina sobreviviente de la masacre del río Sumpul en 1981).

Sumpul es el nuevo nombre del Gólgata. Hacia ese río caminaron miles de campesinos y allí murieron, ahogados unos, por balas del ejército otros. Así consumaban un caminar mucho más largo (tan largo como los días de su vida) en que iban muriendo poco a poco por la miseria y la explotación. Y como el Sumpul hay otros Gólgatas: Huehuetenango en Guatemala, donde fueron masacrados cientos de indígenas; los barrios orientales de Managua bombardeados por Somoza; Haití; Biafra; los barcos de refugiados vietnamitas...

El camino a la cruz y el Gólgata se repiten; no ocurren una vez, sino cientos de veces y con la más pasmosa naturalidad. Existen, pero cuesta verlos. Cuando crucifican a los pueblos, no ocurren las señales que acompañaron la muerte de Jesús. No se abren las tumbas para que protesten los muertos, ni se oscurece el cielo para que Dios muestre su cólera y su repudio, ni se rompen las rocas —ni se ablanda el corazón—, ni se rasga el velo del templo para que no todo siga igual en la Iglesia. Lloran

las víctimas; Mons. Romero dice que "eso es el imperio del infierno", y don Pedro Casaldáliga nos conmina: "Malditos seamos del Dios vivo si ignoramos el dolor de Centroamérica". Pero ¿no parece que en lo sustancial todo sigue igual? Tal es la barbarie, tal la pasión de los pueblos crucificados que cuesta simplemente aceptarla. Cuando algo de su pasión se asoma a las imágenes de la televisión, a los pocos días queda en el olvido o es suplantada por otras no menos trágicas; lo cual induce a pensar que tal pasión pertenece al orden natural de las cosas. Y si no se trata de escenas macabras, sino de datos estadísticos, entonces es mayor la ocultación de la pasión del mundo. No importa ya los ceros que lleven las cifras: miles, millones, decenas de millones que mueren anualmente de hambre.

Aunque se ignore, se oculte o se olvide, hay pasión del mundo y es necesario que haya cuaresma. Esto es importante para todo ser humano, y muy específicamente para el creyente, pues su fe se basa en un crucificado. La pasión del mundo es lo que da realismo a la de Cristo; y la cruz de Cristo es lo que confiere radicalidad teológica a la del mundo. Cristo y su cuerpo histórico son inseparables; y en la cuaresma coinciden, antes que nada, en su dolor. Cuando en las procesiones se saca en estos días al Cristo doliente, con él van millones de seres humanos; cuando nos arrodillamos a besar la cruz, estamos besando el rostro de millones de crucificados.

Así lo dijo Mons. Romero. Cristo crucificado y pueblo ensangrentado se remiten mutuamente. De Cristo dijo que es un "hombre que se identifica con el pueblo, hasta llegar los intérpretes de la Biblia a no saber si el siervo de Yahvé que proclama Isaías es el pueblo sufriente o Cristo que viene a redimirnos". Seguirán discutiendo exegetas y teólogos sobre el siervo de Yahvé, pero para Mons. Romero —teólogo y exegeta de la realidad— estaba muy claro: el pueblo crucificado es hoy el que presentiza la pasión de Cristo, el que completa en su carne lo que falta a la pasión de Cristo. Y la pasión de Cristo, la muerte del Hijo de Dios, es lo que radicaliza la maldad pavorosa que hay en la crucifixión de los pueblos. Bueno será introducirlos también a ellos en la liturgia cuaresmal. Bueno será releer los cantos del siervo de Yahvé ante el crucifijo y ante los pueblos crucificados. Esa lectura iluminará a ambos.

Del siervo de Yahvé se dice, ante todo, que es "hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento"; y ésa es la condición normal del pueblo crucificado: hambre, enfermedad, tugurios, analfabetismo, frustración por falta de educación y trabajo; dolor y sufrimiento, en suma. Y si sus penalidades no tienen cuenta en tiempos de "normalidad", se acrecientan cuando, como el siervo, se deciden a "instaurar la justicia y el derecho". Esa decisión tiene la violencia de la propia realidad, y contra ellos recae entonces la violencia de la represión y el veredicto: "reo es de muerte". Y sobreviene entonces la represión y la muerte, y se parecen todavía más al siervo: "sin figura, sin belleza, sin rostro atrayente". A la fealdad de la pobreza cotidiana se añaden las torturas, las mutilaciones, la sangre desfigurante... Y entonces, como el siervo, producen asco: "muchos se espantaron de él, porque, desfigurado, no parecía hombre ni tenía aspecto humano". Y ante él "se ocultan los rostros", porque da asco, pero también para que no enturbie la falsa felicidad de quienes han producido al siervo, para que no desenmascare la verdad de lo que se esconde en los eufemismos que inventamos a diario: a los pueblos crucificados los llamamos países en vías de desarrollo, democracias incipientes...

Como el siervo, también el pueblo crucificado es "desestimado de los hombres"; todo le han quitado, hasta la dignidad. Y realmente, ¿qué puede aprender el mundo de ellos?; ¿qué le



ofrecen para su progreso, a no ser sus materias primas, las playas, los volcanes y el folklore de sus pueblos? No se les estima, sino que se les desprecia. Y el desprecio se consume cuando la ideología toma tintes religiosos para condenarlos en nombre de Dios. Del siervo se dice que "lo estimamos herido de Dios, contactado entre los pecadores". Y de estos pueblos ¿qué se dice? Mientras sufren en paciencia, se les reconoce cierta bondad, sencillez y, sobre todo, religiosidad (poco ilustrada, supersticiosa, pero religiosidad al fin). Pero cuando se deciden a vivir, a invocar al verdadero Dios, al que los defiende y libera, entonces ni siquiera se les reconoce que son gentes de Dios, y se entona la conocida letanía: son subversivos, terroristas, criminales, ateos y —lo peor en el mundo de hoy— marxistas y comunistas. Y despreciados y asesinados en vida, son también despreciados en muerte. Del siervo se dice que "le dieron sepultura con los malvados, una tumba de malhechores". Este es también el epitafio del pueblo crucificado. Y a veces ni eso tiene, pues si la antigua piedad a nadie negaba una tumba, ahora el pueblo crucificado a veces ni la tiene. Es la práctica de los desaparecidos, de los cementerios clandestinos.

Del siervo se dice que "se humillaba y no abría la boca", que sufrió y murió en total mansedumbre e impotencia. Hoy no todos los crucificados mueren así. Mons. Romero pudo hablar en vida, y su muerte fue un gran grito que sacudió muchas conciencias. También lo son la muerte de sacerdotes y de personas prominentes. Pero ¿quién conoce siquiera los nombres de los 50.000 asesinados en El Salvador, de los 80.000 en Guatemala? ¿Qué palabra pronuncian los niños de Biafra o el 90 % de analfabetos en Haití? Miles y millones son y no pronuncian palabra; no se conoce ni cómo viven ni cómo mueren; no se saben sus nombres y ni siquiera su número. Por último, del siervo se dice que "se lo llevaron sin defensa, sin justicia", en total impotencia ante la arbitrariedad y la injusticia. De nuevo, hoy no se aplica esto con exactitud al pueblo crucificado. Muchos luchan por su vida y no falta algún profeta que los defienda. Pero la represión contra su lucha es brutal; y a los profetas se les intenta desacreditar primero, y cooptarlos después para una sociedad que los presenta como muestra de libertad y democracia —con los riesgos bien calculados—, hasta que son verdaderamente peligrosos. Entonces también a ellos se les mata. ¿Hay un verdadero tribunal que defienda la causa de los pobres, que les oiga al menos?

Los pueblos crucificados son hoy este siervo sufriente de Yahvé. Pero se quiere ocultarlo, porque, como el siervo, es inocente: "no hubo engaño en su boca ni había cometido crímenes". Si él no es merecedor de tal castigo, entonces es que otros se lo hemos infligido injustamente. El siervo no es un producto de la naturaleza, sino que es un producto de nuestras manos. "El cargó con el pecado de muchos y con sus crímenes; fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes". Ahí está la verdadera dificultad de la cuaresma, porque el siervo es nuestro producto, es el retrato más verdadero de nuestro mundo.

Esto es lo primero que dice la cuaresma: que hay cruz. Hubo una cruz, la de Cristo, la más significativa para los creyentes. Pero la cruz es anterior a él y sigue después de él. Cristo se identificó con todas esas cruces, y por ello es necesario releer la cruz de Cristo desde las cruces de la historia. Y la cuaresma dice también que hay pecado. Y con una definición bien precisa: pecado es lo que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo lo que da muerte a los hijos de Dios.



2. La esperanza de resurrección.

"Primero Dios que cuando haiga liberación ya no tendrá que pasar nadie otra cosa más. Ya quedará todo sano, siempre trabajando, pero sin que a uno le traten mal porque no es señor y no sabe leer... Entonces, eso pienso yo. Volveremos a doblar la milpa y nos dará gusto. Y tendremos los primeros elotillos del lugar, allí no más, en la casa donde antes sembrábamos. Y en la milpa, todos contentos. Recogeremos, pues, los elotes, ¿verdad que sí?, primero Dios" (Palabras de la señora Santos, campesina de 80 años que vive en un refugio a donde huyó para salvar la vida).

La señora Santos lleva algún tiempo en el refugio. Acostumbrada al aire libre del campo, el estar encerrada sin ver el sol, sin aire, sin poder salir del refugio, le parece un suplicio. Quisiera volverse a su pueblo, y algunos la animan a ello, pero no quiere irse sola. "¿Cómo va a ser posible que mi esposo se quede aquí, solo en el refugio y pensando cómo estaremos allá? ¿Y si él cae enfermo, y yo no cumpliendo mi obligación de esposa? No. Tenemos que esperar la liberación y volveremos juntos". La señora Santos participa de la cruz de su pueblo, pero tiene esperanza. La formula en forma de celebración de la cosecha, allá en su pueblo, en la que participen todos: ella, su esposo y todos los demás.

Los pueblos crucificados tienen su esperanza. En América Latina la llaman "liberación". Por ella luchan y trabajan —para que tantas señoras Santos puedan volver a su pueblo— con gran generosidad y amor, hasta dando sus vidas. Su esperanza la formulan con gran sencillez, con la sencillez del mismo Dios cuando dice en el profeta Isaías que "edificarán sus casas y las habitarán, trabajarán en el campo y comerán de sus frutos". En tiempos de conflictos y guerras la formulan también como Isaías: que las espadas se tornen azadones (en las palabras de un campesino, que las decía con lágrimas en los ojos, "que en vez del ruido de los disparos se escuchen los ruidos de los cohetes que llaman a la misa y a la fiesta"). Y celebran ya esa esperanza. Si algo no han quitado todavía al pueblo crucificado, es la capacidad de celebrar, de mantener la alegría y el gozo serenos en medio del sufrimiento, pues, como ellos mismos dicen, "lo que se opone a la alegría es la tristeza, no el sufrimiento"; y si son expertos en éste, no les ha invadido del todo la tristeza. Y en su esperanza hay algo muy importante con que termina la señora Santos: "en la milpa, todos contentos". Es una esperanza colectiva, de todo un pueblo.

¿Tienen también esperanza de la resurrección? Sin duda, creen en la resurrección de Jesús y esperan la suya propia más allá de la muerte, pero de forma distinta a nosotros. Quienes ya poseemos suficiente vida podemos desdoblar metodológicamente la pregunta por la esperanza y preguntarnos por una esperanza trascendente o puramente terrena. Como la vida no es ya cosa de esperanza —aunque su sentido pueda serlo—, se reserva la esperanza para el más allá, para la supervivencia después de la muerte. Pero para el pueblo crucificado las cosas no son así. Tan milagro es vivir como sobrevivir; tan necesaria es la acción de Dios para el milagro de resucitar de la muerte como para poder vivir ya en medio de la muerte. "Primero Dios", dicen siempre cuando hablan de su liberación. Se trata, pues, de una esperanza primigenia que subsume en un poderoso acto la esperanza del más allá y la esperanza acá.



Esa esperanza primigenia es la que les capacita para comprender la resurrección de Cristo. El "problema hermenéutico" lo tienen resuelto. Si la moderna teología recalca que la esperanza es la condición de posibilidad para entender la resurrección, ese pueblo la posee. Y si la teología más moderna añade que esa esperanza debe ser "contra esperanza" —siguiendo a Abraham y a Pablo— y activa, praxica, misionera —siguiendo el mensaje de las apariciones— el pueblo crucificado llena esas condiciones. Su esperanza es ya ahora contra toda evidencia, aunque surjan por unos momentos Nicaraguas libres, atacadas y amenazadas en seguida; y no es una esperanza de brazos cruzados, sino puesta ya a producir, fuente de creatividad y de entrega. Ese pueblo puede, pues, entender de qué se habla en la resurrección de Cristo y en su propia resurrección.

Hagámonos la última pregunta. ¿Vive ya ese pueblo la resurrección? Sin duda, el nuevo cielo y la nueva tierra que Dios quiere para ellos quedan todavía muy lejos; mucho más hay en ellos de cruz que de resurrección. Pero algo hay también de resurrección, aunque digamos esto con respeto, con temor y temblor. En medio de la esclavitud hay ya libertad, no la de corte liberal ni la que pretenden garantizar los derechos humanos. Pero hay libertad a niveles más hondos. Hay libertad para decidirse, para comprometerse, para luchar por la liberación. Hay el summum de la libertad cristiana cuando —como a Cristo— a estos pueblos no les quitan la vida, sino que la dan generosa y libremente. Así lo expresaba un campesino: "Antes moríamos, nos mataban, y no sabíamos por qué. Ahora tal vez todos vamos a morir, pero estamos conscientes de que morimos por un pueblo. Y cabalmente es bien distinto". Del reino de la necesidad pasan al reino de la libertad. En medio de la injusticia hay amor, perdón, reconciliación, fraternidad, signos del reino de Dios. Prima la intuición cristiana de que más feliz es el que da que el que recibe; de que en la entrega de la vida se recupera; de que con ello se va construyendo el reino de la fraternidad, se va salvando al pueblo. Se van introvertiendo valores humanizantes para todos. Y en medio del sufrimiento hay también el momento de gozo, de celebración de esa libertad y ese amor, de compartir lo pequeño con alegría grande alrededor de una mesa. Hay el gozo de saberse personas y pueblo; y cristianamente, de saberse hijos de Dios y pueblo de Dios. Pueden llamar a Dios Padre porque lo sienten cercano, pues en el acercamiento de los conocidos Mons. Romero, Rutilio, Octavio y en el acercamiento de los menos conocidos, sacerdotes, catequistas, tantos hermanos y hermanas suyas, sienten que no están solos, que Dios se les ha acercado.

Libertad, amor y gozo son señales del Señor resucitado. El vive en plenitud no sólo porque se haya despojado de la materialidad, sino porque posee en plenitud lo que parcialmente se realiza en nuestras circunstancias históricas. Y por ello se puede vivir ya como resucitados en las condiciones de la historia. Escandalosamente, pero predicho por la paradoja cristiana, en los pueblos crucificados hay ya esas señales de la resurrección.

Hablar así produce vértigo y parece idealismo; por eso hay que hacerlo con gran respeto hacia la cruz de esos pueblos y con realismo. Pero tampoco se puede silenciar lo que hay ya de resurrección. Así lo constatan quienes se acercan a ellos, sobre todo a los profundamente creyentes. En medio de su real sufrimiento, de la lejanía de un mundo tal como Dios lo ha soñado para ellos, sólo El sabe lo que ya hay de resurrección en el pueblo crucificado. En lo visible hay también mucho de peque-



ños egoísmos, de resignación y de tristeza, pero existe también la resurrección, como pequeño grano de mostaza quizás, pero como levadura que da crecimiento y sabor.

Así se historiza hoy la sorpresa agradecida de Pablo: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". Así puede interpretarse, ya ahora, el final del canto del siervo, antes comentado desde el sufrimiento: "mi siervo prosperará, alargará sus días, le daré su parte entre los grandes".

3. Qué nos dice la cuaresma.

La cuaresma dice que hay dolor y cruz, que hay esperanza y resurrección, que hay pecado y gracia, que Jesús es el siervo de Yahvé glorificado por el Padre y que el siervo sigue existiendo en nuestros días. El canto del siervo Jesús nos ha ayudado a entender al siervo doliente en los pueblos de hoy. Pero éstos ayudan también a entender la pascua de Jesús, le dan realismo y actualidad y prohíben, sobre todo, considerar esa pascua como un mero hecho de hace dos mil años.

Desde el realismo de la historia actual vemos que a Jesús se aplica en totalidad y a la perfección el canto del siervo. Es cierto que Cristo cargó también con el pecado del mundo, que a Cristo lo aniquiló la idolatría por defender a sus víctimas, que Cristo fue tenido por blasfemo y sedicioso, que fue ajusticiado como malhechor y entre malhechores. Es cierto que ese Cristo fue resucitado por el Padre, que su libertad, amor y gozo han sido consumados para siempre. Y es cierto que ese Cristo salva. Hemos sido salvados con su sangre —como muchos vivimos hoy a costa de la sangre y el sudor de los pueblos crucificados—, con lo cual nos confirma la gravedad de nuestro pecado. Pero con lo cual también se nos dice que es cierto que Dios se ha acercado a este mundo, que se ha encarnado en nuestra historia y en los mayores horrores de ella para así poder nos decir su más honda palabra: que es amor, que es misericordia, que es Emmanuel, Dios con nosotros. Y si Dios es amor, hay salvación. Se puede vivir con sentido, sabiéndose amados y amando. Y se puede morir con esperanza, repitiendo con Pablo: "Dichosos los que mueren en el Señor".

Esto es lo que la cuaresma nos dice a todos. Pero ¿qué nos dice a nosotros, que no formamos parte del pueblo crucificado, esa cuaresma unificada de Cristo y del pueblo? Nos cuestiona, en primer lugar, y nos exige conversión para no cargar más pecado sobre sus espaldas; nos conmina al trabajo decidido para bajarles de la cruz, para resucitarles, para que la señora Santos pueda volver a su pueblo y el campesino pueda oír cohetes de fiesta; nos hace aquella petición de Mons. Romero (un mínimo o un máximo, según se mire) cuando le preguntaban qué hay que hacer por El Salvador: "que no se olvide que somos seres humanos".

Pero nos ofrece también la posibilidad de lo verdaderamente humano, y la cuaresma puede convertirse en buena noticia. En una escandalosa paradoja repite Isaías que el siervo trae salvación y que el siervo es luz. Dios lo ha puesto como "luz de las naciones"; él disipa la oscuridad de nuestro conocimiento y desenmascara las tinieblas de tanta ideología. No como logro, sino como don, desde él descubrimos lo que somos y hacemos, lo que es nuestra historia, sus fracasos, sus posibilidades,



sus esperanzas. Y Dios lo ha puesto como salvación. Nos salva, en primer lugar, con el perdón. Juan Pablo II ha dicho que en el día del juicio los pueblos crucificados juzgarán a sus opresores; y lo harán con severidad. Pero ahora están dispuestos al perdón, no nos cierran futuro, nos admiten a la mesa de un mundo nuevo, un mundo fraterno para todos, aunque por siglos lo hayamos excluido a él. Al ofrecernos el perdón, nos liberan de la más honda angustia —o al menos esa debiera serlo—; nos absuelven en nombre de Dios nuestra culpa. Y nos salvan, ofreciéndonos humanidad; invitándonos a unirnos a él, a recobrar así nuestra dignidad perdida y asegurar nuestra humanidad amenazada, a participar en la libertad, en el amor y en el gozo, a vivir como hermanos y así simplemente a vivir. Nos invitan a hacernos hijos en el Hijo, hijos todos de Dios y hermanos todos de Cristo.

Por último, ¿qué dice la cuaresma al pueblo crucificado? Sólo ellos lo saben. Desde fuera, sólo podemos especular e interpretar. Qué piensan cuando acompañan al Cristo doliente y cuando escuchan que ya no sufre más, que vive, pertenece a su más hondo secreto. Visto desde fuera, la Semana Santa es para ellos lo más sagrado de todo el año; dentro de ella, el viernes santo; y dentro de éste, la procesión del silencio. Quizás en ese caminar con Cristo están diciendo lo que es el camino de su vida y quizás están rezando a Cristo para que él también les acompañe. ¿Qué piensan el domingo de resurrección? Quizá sienten un gran consuelo y una gran esperanza; quizá sienten también ánimo para recorrer nuevos caminos que no sean sólo el de la cruz, sino los que preparan la liberación. Quizá tengan una gran iluminación de que la vida es posible, de que Dios les ha destinado a la vida y de que Dios está con ellos para promoverla.

Terminemos por donde comenzamos. Quizá no es fácil celebrar hoy la cuaresma, pero es una necesidad por un mínimo de honradez. Los pueblos crucificados la viven —y la celebran— más en viernes santo que en sábado de gloria. Y es una necesidad también para nuestra humanización.

Por eso es bueno que la Iglesia nos la siga proponiendo año tras año, con tal de unificar la cuaresma de Cristo con la del pueblo crucificado y con tal de no confundir cruces muy sangrantes con gestos muy solemnes ni confundir esperanzas muy urgentes con ritos muy groriosistas. Pero la Iglesia tiene al menos el coraje de proclamar la cuaresma, y eso hay que agradecerse. Ojalá la viva también y llene su signo de realidad. Pero, en cualquier caso, el evangelio de Jesús (que, a pesar de todas sus incoherencias, tiene entre sus manos) y la cuaresma real de muchos que viven en su seno le fuerzan a ello.

Jon Sobrino

